

te, admiremos su humildad en reusar los honores, y confesemos lo muy distantes que estamos nosotros de semejante perfeccion. Sí. Las mas pequeñas ventajas nos llenan de vanidad, las alabanzas nos engrien, y sin pararnos á considerar si son justas ò fingidas, las recibimos indiferentemente de todo el mundo. Los elogios comunes nos fastidian; queremos que se nos trate como á Dioses, y se nos juzgue como á creadores de nuestros pensamientos. Deseamos, en fin, que nuestra gloria obscurezca la de los demás; y sin hacer memoria de que nada poseemos que no lo hayamos recibido, pretendemos que se nos estime por aquello mismo que está en nosotros. ¡ Ah! pensemos, Señores, en que solo á Dios pertenece la alabanza; y que es un atentado contra sus derechos, el buscarla nosotros en la tierra; y que es necesario renunciar la gloria del mundo, para merecer la del Cielo, donde todos seamos conducidos por Jesu-Christo, que con el Padre y el Espiritu Santo vive y reyna por todos los siglos de los siglos. Amen.



S E R M O N
DE LOS SANTOS GERVASIO
Y PROTASIO.

Vidi mulierem ebriam de sanguine Martyrum Jesu. Apocal. cap. 17. v. 3.

SI los Martyres no reynaran con el unico Hijo de Dios, y la gloria eterna no fuera la recompensa de sus trabajos, tendrian justo motivo para quejarse de nuestra debilidad ò de nuestra ingratitud. La razon es, porque ellos ni reciben en la tierra los honores debidos á su merito, ni nuestros Panegyricos corresponden á la santidad de sus acciones, ni á la excelencia de sus virtudes. A mas de esto, no suelen ser conocidos ni quando viven, ni aun despues de muertos; y quanto decimos de ellos, despues que los contemplamos en el Cielo, es tan sumamente inferior á su grandeza, que si ellos no atendieran mas á nuestras intenciones que á nuestras palabras, tendrian mas motivo de darse por ofendidos que honrados. Y asi, solamente Dios es quien los recompensa, y quien conoce sus merecimientos; y solamente los Santos, que reynan con ellos en el Cielo, podrán hablar dignamente de sus virtudes y de sus grandezas. Y este, Señores, es el motivo, de que para no caer en la misma desgracia que yo lloro, haya tomado el partido de emplear à un Santo para elogiar á nosotros

tros Santos Patronos , formando su Panegyrico de los escritos de San Ambrosio , el hombre mas eloquente de su siglo , à fin de que aquel que descubrió sus cuerpos à la Iglesia , os manifieste sus virtudes , y les dé las justas alabanzas que les son debidas. Mas para que con mis palabras no debilite yo sus pensamientos , recurramos al Espiritu Santo que se los inspiró ; implorando , para conseguir su divina asistencia , el favor de aquella que se interesa tanto en la gloria de los Martyres , como que su amor y su dolor la han constituido su Reyna ; y digamosla con el Angel :

AVE MARIA.

Entre los Santos hay sus gerarquías del mismo modo que entre los Angeles; y la Iglesia Militante tiene sus diversos ordenes, no menos que la triunfante. Gloríase ésta de contener en su ilustrísimo gremio Serafines, que arden con un amor santo, que nunca los puede consumir; Querubines, que conociendo à Dios, conocen en él todo lo que no es Dios. Tronos, en quien descansa la suprema Magestad, y en quien ellos tambien hallan reposo. Gloríase aquella de contar entre sus hijos, ya à las Virgenes, que consagran su alma y su cuerpo à Jesu-Christo, ya Heremitas, que se ocultan en los desiertos, para no tener otra ocupacion que la de sus virtudes; ya Martyres, que pierden la vida por la gloria del Hijo de Dios, y se tienen por felices en ser las víctimas de su amor. Mas así como los Serafines son las criaturas mas nobles entre los Angeles, porque adoran la mas excelente de todas las perfecciones de Dios; así los Martyres son los mas illustres entre los Santos, porque honran

la mas generosa de todas las acciones de Jesu-Christo , procurando imitarle en su muerte , que fue en donde su Magestad nos dió el mayor testimonio de su amor. Por este motivo creí yo , que la mayor alabanza , que podria tributar à vuestros illustres Patronos , era la de intitularlos Martyres ; encerrando todo su Panegyrico en manifestar , que habian sido del número de aquellos gloriosos Atletas , que derramaron su sangre por la gloria de Jesu-Christo. Mas porque no se me objete el haberlos elogiado con una alabanza que es comun à todos los Martyres , ó el no haber buscado aquel carácter que los distingue de los demás , os haré ver en este discurso , que por un privilegio particular , que no se refiere de otro alguno , fueron Gervasio y Protasio Martyres en su nacimiento , Martyres en su vida , Martyres en su muerte , y Martyres en su sepulcro. Dadme atencion.

PUNTO PRIMERO.

Supuesto el pecado de nuestro primer Padre , es de fé , Señores , que el mas illustre nacimiento es acompañado de la ignominia ; y el mas inocente envuelto en la vergonzosa circunstancia del pecado. La misma sangre que à muchos les comunica la nobleza , los infesta al mismo tiempo con el contagio de la culpa ; y el Padre que los hace Soberanos , los hace juntamente delinquentes. De modo , que se ven precisados à confesar con David , que por mas que sean hijos de un legitimo matrimonio , son concebidos en la iniquidad ; que aunque sus madres sean castas , ellos son , sin embargo , pecadores : *Ecce in iniquitatibus conceptus sum , & in peccatis concepit me mater.*

mea (a). Y así, los hombres mas ilustres se ven envueltos en la confusion y en el pecado, desde el momento mismo en que entran en el mundo: *Quid enim vacat calamitatis*, dice San Bernardo, *nascenti in peccato, fragili corpore. & mente sterili?* (b) ¿De qué miseria, dice, puede estar esento en su vida, aquel que nace en pecado, y lleva consigo un cuerpo fragil, y un espíritu ignorante?

Mas esta verdad es indubitable, sin que pueda dudarse de ella sin error, pues está fundada en los incontrastables principios de la fé; con todo eso, es preciso confesar, que hay ciertos bienes, que los pádres comunican à sus hijos; y por consiguiente, que no es tan completa la corrupcion de la naturaleza, que no conserve aun varios bienes, los quales son tambien hereditarios, asi como lo son los males. Las buenas inclinaciones, por exemplo, se comunican frecientemente con la sangre; y vemos que nace un hijo esforzado, y liberal de un padre magnifico y valiente. La Sagrada Escritura, que tan poderosamente ha establecido la creencia del pecado original, no dexa de representarnos aquellos hijos à quienes sus padres han comunicado esplendor y lustre; y siempre que hace el elogio de los Patriarcas, empieza su Panegyrico por el de sus progenitores. Y asi, aplaude à Isaac con la piedad de Abraham; y nos manifiesta, que aquel comunicó à sus descendientes la virtud que habia heredado de su Padre: *Isaac à parentibus nobilitatem pietatis accepit*, dice San Ambrosio, *quam posteris dereliquit* (c). San Juan

Bau-

(a) Psalm. 50. v. 7. (b) Bern. lib. 2. de Consider. (c) Amb. in. 1. cap. Luc.

Bautista no solamente es aplaudido por las santas acciones de su vida, y por los milagros que Dios obró en su nacimiento, sino tambien por los meritos de Zacarias y de Isabel, de cuyas virtudes nos dá el Evangelio un ilustre testimonio: *Joannes Baptista nobilitatur parentibus, miraculis, moribus* (a), dice San Ambrosio. Y este gran Doctor, que estaba tan instruido en la miseria del hombre, y que sabia que el pecado es la herencia que Adán dexó à todos sus descendientes, no por eso dexa de llamar santidad hereditaria à la gloria que los hijos consiguen de sus padres. Por cuyo motivo, sin oponernos à la doctrina de la Iglesia, podemos decir, que la virtud se comunica en cierta manera, del mismo modo que el pecado, y que aunque nazcan los hombres manchados con la culpa, hay algunos que tambien nacen con ciertas virtudes, que los constituyen mas ilustres que à otros.

Y sobre este principio me fundo yo para decir, que vuestros ilustres Patronos tienen por su nacimiento algun derecho à la qualidad de Martyres, y que la misma sangre que les dió la vida, les inspiró el desseo de perderla por la gloria de Jesu-Christo, pues descendieron de Martyres. Sí. La Divina Providencia les dió por padre à un Vidal, y por madre à una Valeria; los quales habian vivido con una eminentissima virtud, y la coronaron ultimamente con un martyrio generoso. Vidal fortaleció en la fé à Ursino, à quien habian acobardado las amenazas de los Tyranos; y aquel ilustre Martyr perdió la vida por salvar la de

Pp 2

su

(a) Amb. in Luc.

su proximo. Valeria imitó la constancia de su Esposo; y sin embargo de la debilidad de su sexò, murió animosamente por Jesu-Christo. De modo, que Gervasio y Protasio son hijos de dos Martyres; y por consiguiente, no pueden acordarse de su nacimiento, sin hallarse animados ò movidos al martyrio.

Los exemplos, à la verdad, persuaden mucho mas que las palabras; pero los que entre todos hacen mayor impresion en nuestro espiritu son los domesticos. Por manera, que las acciones de nuestros Progenitores, son para nosotros leyes; y es como degenerar de su nobleza el no imitar sus virtudes. Esta poderosa consideracion movia prodigiosamente à nuestros ilustres Santos; pues siempre que se acordaban de que sus padres habian muerto por Jesu-Christo, se juzgaban obligados de buscar una gloriosa ocasion, en que pudiesen conseguir la misma dicha. La misma carne y sangre, que no nos dan regularmente sino consejos laxos, les inspiraban generosos designios à nuestros guerreros juvenes. Y quando se representaban à sí mismos, que la sangre que bullia en sus venas era una porcion de la que habia corrido por las de Vidal y de Valeria, y por consiguiente, de la que habian derramado en defensa de la fé, se consideraban en una estrecha obligacion de derramarla ellos tambien por el mismo motivo.

Tertuliano reparó, que la fé que profesamos en el Bautismo, nos empeña à ser martyres; y por consiguiente, que desde que nosotros hemos publicado entre los fieles el nombre de Christianos, con que nos honramos y distinguimos de los que no lo son, estamos obligados à derramar nuestra sangre en compania de los Martyres: *Talia à primordio & præcep-*

ta

ta & exempla debetivem martyrii fidem ostendunt (a). Luego siendo esta obligacion tan bien fundada; estando, digo, el Christiano en la obligacion de padecer martyrio siempre que se le presente la ocasion; ¿no podré yo decir, que estos dos hermanos estaban mucho mas obligados que los demás, respecto de que su nacimiento, su sangre, y el exemplo de sus padres eran otras tantas razones que los empeñaban y esforzaban à la muerte? No hay duda, Señores; porque si los hijos de un padre, que ha perdido su vida en servicio de su Rey, se sienten animados de este exemplo domestico, de manera, que aun en medio de los placeres y delicias, experimentan en sí mismos un deseo eficaz de que se presente ocasion en que manifestar que no han degenerado del valor paternal; no debo yo creer, que nuestros Santos juvenes, acordandose de que sus padres habian sufrido el martyrio, aspirarian à conseguir la misma gracia, y desearian, que en la primera persecucion pudiesen vencer los tormentos, y triunfar de los verdugos. ¡Ah!

Imagino yo, Señores, que para animarse à tan generoso designio, se dirian mutuamente: acordemonos de que nuestro nacimiento fue tan glorioso, que nos dió por Padres à dos Martyres ilustres; que esta sangre que nos anima, fue derramada por Jesu-Christo; que nosotros recibimos estos brazos y estas piernas de un Padre, que tuvo los suyos estendidos sobre un potro, y dislocados à fuerza de los tormentos; que aquel de quien recibimos nuestras cabezas, entregó animosamente la suya en manos de los verdugos; y que

(a) Tertull. adversus Gnosticos.

que si no hemos perdido el animo y la memoria con la fé, debemos añadir la circunstancia de Martyres à la de Fieles. Asi se animarian, sin duda, à los combates nuestros Santos Jovenes. Asi se aprovecharian de la gloria, que les daba su nacimiento; y asi confundian à los que no sacan otra ventaja de su nobleza, que el permiso de pecar à salvo conducto, juzgando que los honores y las riquezas que han heredado de sus Padres, no deben servir mas que para saciar sus brutales apetitos. Vuestros Santos Patronos razonaban con mas justicia; pues creyendose obligados por su nacimiento à padecer el martyrio, no quisieron esperar la persecucion, sino que previniendo la crueldad de los verdugos, se condenaron à si mismos à un martyrio, que les duró toda la vida, como os ofrecí manifestar en el segundo punto de este discurso. Y asi mirad:

PUNTO SEGUNDO.

No hallo yo, por una parte, cosa mas dulce en este mundo, ni cosa mas severa, por otra, que la Christiana Religion. Cosa mas dulce; porque no pide à sus hijos otra carga que la del amor: y asi todas las leyes que les impone, están contenidas en la de la caridad: *Plenitudo legis dilectio* (a). Cosa mas severa; porque obliga à sus fieles à sufrir dolores, y aun la muerte; y crucificandolos de por vida, hace de ellos víctimas y martyres. El primer precepto que les impone su mismo Legislador, es el de llevar la Cruz y seguirle. Y para que no juzgasen, que este precepto no

(a) Rom. 13. v. 10.

no obligaba sino en determinado tiempo; añade, que la han de llevar todos los dias, hasta morir en ella por la gloria del que, en ella murió por su salvacion: *Qui vult venire post me, abneget semetipsam, tollat crucem suam, & sequatur me* (a). Por lo que dixo San Agustin, que la vida de un christiano que se gobierna por las Leyes del Evangelio es un largo y cruel martyrio: *Vita Christiani si secundum Evangelium vivat, crux est, & Martyrium* (b). Y de hecho, el que doma sus pasiones, el que hace guerra à su cuerpo, el que modera sus deseos, reprime su ira, arregla su ambicion, y enfrena su codicia, se puede gloriar de ser Martyr, ó de que ha sufrido tantas penas como nuestros primeros Martyres. Por la misma razon llamó Tertuliano à la vida christiana ensayo para el martyrio; pues toda la ocupacion de un verdadero Christiano no era otra cosa que prepararse, por medio de la mortificacion, para sufrir los tormentos: *Vita christiani disciplina martyrii* (c).

Pues ahora, como Gervasio y Protasio se sentian movidos à sufrir el martyrio por el exemplo que les habian dado sus Padres, se puede decir con verdad, que toda su vida fue un rigoroso noviciado para él, y que todo su desvelo se dirigia à practicar consigo mismo el oficio de los verdugos, condenandose à las mismas penas, con que los mas crueles Tyranos exercitaban la constancia de los Martyres; pues además de que ellos, debilitando su cuerpo con ayunos y vigiliass, le sujetaban al espíritu; practicaban juntamente las mas austéras virtudes del Christianismo, y se

(a) Luc. 9. v. 23. (b) Aug. Sermon, 32. de Sancti. (c) Tertull. ad Martyr.

reducian voluntariamente à un estado, por todas sus circunstancias tan penoso, que no tenían motivo para temer otros tormentos; siendo, entre otros, uno de los mayores trabajos à que se sujetaron, el de la extrema indigencia, por haber dado à los pobres todo quanto poseían.

Y en efecto, aunque la pobreza es una virtud ilustre, es al mismo tiempo una rigorosa pena. El hombre inocente no hubiera jamás experimentado este trabajo; pues aunque no le hubiera sido lícito poner su corazón en las cosas criadas; sin embargo, las hubiera poseído y disfrutado, sin experimentar la pena, que necesariamente acompaña al que las pierde, ò no las logra. La tierra, en el estado referido, hubiera contribuido sin necesidad de cultivo à los deseos y necesidades del hombre. Mas despues que se hizo culpable, se hizo indigente; despues que perdió la soberanía del bien, perdió el dominio del Universo; y este Monarca del mundo se halló en la precision de recurrir al trabajo para defenderse de la pobreza, y de la miseria.

Verdad es, que el mismo Dios que nos ha castigado, nos enseñó à sacar provecho de nuestro mismo suplicio, y à convertir en remedio la misma pena à que fuimos sentenciados; porque la pobreza voluntaria, ò la recibida con humilde conformidad, es una virtud christiana que satisface à la justicia de Dios, que espera su recompensa, y que por un tráfico celestialmente usurario, expone los bienes transitorios por adquirir los eternos. Pero aunque tan noble y tan perfecta, es enojosa sin duda; y asi el Evangelio señala ò promete à los pobres el mismo galardón que à los Martyres; por cuyo motivo se reconoce que esta virtud es una especie de martyrio; y este es el pri-

primer suplicio à que se condenaron nuestros Santos; y el primer tormento que se impusieron, para obedecer à los impulsos de la gracia, que los animaba al martyrio.

Pero si el segundo no fue para ellos tan sensible, à lo menos les fue tan vergonzoso: porque habiendo concedido la libertad à sus esclavos, y despedido una familia numerosa, no reservaron persona alguna para su servicio, y por consiguiente, se reduxeron à sí mismos al infeliz estado de esclavos ò de criados. Es la servidumbre, à la verdad, tan antigua como el pecado, pero esta antigüedad no quita que sea injusta; y si, por una parte, es uno de los mas crueles suplicios del pecador, es tambien por otra uno de los mas injustos; porque todos los hombres son iguales en nacimiento y condicion. Solamente el orgullo es el que ha podido distinguirlos, buscando para este fin los enojosos nombres de plebeyo y de noble, de esclavo y de Señor, de vasallo y de Soberano. Antes del pecado todos los hijos de Adán eran hermanos, sin que hubiese entre ellos mas diferencia, que la que causaba la edad y la virtud. El hombre mandaba entonces à las bestias, pero no à los demás hombres. Y asi, el nombre de esclavo, como dice San Agustin, nació en el mundo con el de pecador: *Nomen servi culpa meruit, non natura* (a).

Mas esta misma servidumbre, que es tan penosa para los esclavos, es muy ventajosa para sus Señores, porque de ella sacan honor y utilidad; y ha llegado à ser tan legitima con la sucesion del tiempo, que el Hijo de Dios, que vino à romper las cadenas

Tom. II.

Qq

de

(a) Aug. lib. 19. de Civit. c. 15.

de los pecadores, no rompió las de los esclavos. Los Apóstoles, por otra parte, encargaron mucho à los Señores que los tratasen con dulzura; y à los esclavos, que fuesen muy obedientes à sus Señores, enseñando à estos lo mucho que Jesu-Christo había dulcificado la dominacion, y à aquellos lo mucho que había enoblecido la obediencia; pero sin alterar cosa alguna por lo respectivo à la miserable condicion de unos, y à la ilustre autoridad de otros. Por cuyo motivo, el Señor que dá libertad à sus esclavos, deroga sus derechos; y por consiguiente, practica un acto de caridad mas que de justicia, un acto, digo, de puro consejo, no de precepto.

Sin embargo, esta ley se impusieron à sí mismos nuestros dos grandes Santos, luego que llegaron à la edad de poder disponer de sus personas y de su familia. Juzgaron piadosísimamente que entre los Christianos no debía haber esclavos; porque habiendolos redimido Jesu-Christo, debian gozar de la libertad; y que no sirviendo ya à los Demonios, no debian tampoco servir ya à los hombres; que siendo, en fin, destinados para reynar con los Angeles, no era razon que sirviesen con las bestias ò como las bestias. Su accion, à la verdad, fue generosísima, y nacia sin duda alguna de un noble principio; pero no se puede dudar que era inmoda ò penosa à nuestros Martyres; pues dando libertad à sus esclavos, se hallaron privados del honor y de la utilidad que sacaban de sus servicios, y reducidos à ser esclavos de sí mismos. En efecto, tuvieron en adelante que buscar su vida con el sudor de su rostro; quedandose en una condicion tan terrible, como lisonjera y honorífica había sido la anterior. ¿Y no era esto, Señores, procurarse el martyrio, y prepararse para él?

¿No

¿No era esto desafiar à la fortuna, y renunciar quanto nos puede dar ò quitar? ¿No era esto burlarse ya de los verdugos, y hacerles saber, que no podian ellos dañar mucho à unas personas, que previniendo su injusticia y su crueldad, habian despreciado todos sus bienes, y se habian despojado de la utilidad ò comodidad de sus sirvientes?

Pero ellos completaron dichosamente aquella especie de martyrio que habian empezado con la renuncia de sus bienes, y libertad de sus esclavos; pues encerrandose en una casa, ò por mejor decir, en una cabaña, y viviendo del trabajo de sus manos, añadieron la penitencia à la soledad, el ayuno à la oracion, la humildad à la pobreza, componiendo entre todas estas penalidades una gran parte de su martyrio. Y à la verdad, ¿qué penas mas crueles podian inventar los verdugos, que las que nuestros Martyres se habian impuesto à sí mismos? ¿con qué dolores mas sensibles les podian amenazar? ¿qué nuevos suplicios podia añadir la persecucion à una vida tan austera y penitente?

Permitidme, Señores, que en nombre de nuestros Martyres, desafie yo à todo el poder de la tierra, y le obligue à confesar, que no podia hallar males, con que conturbar à unos hombres, que voluntariamente se habian afligido con todos los tormentos imaginables. Si, Monarcas de Roma, ninguno de vuestros suplicios podrá sorprender à nuestros Santos. Si intentais sequestrar sus posesiones, ya ellos se han adelantado, distribuyendolas à pobres, y haciendose à sí mismos miserables. Si pretendéis degradarlos de su nobleza, y cargarlos de confusion, privandoles de todas las señales exteriores de su ilustre nacimiento, y à ellos mismos, enviando libres à sus

Qq 2

es-

esclavos, se han reducido à una obscura y miserable servidumbre. Si queréis desterrarlos, ò ponerlos en prision, ¿no veis que todo el mundo es un destierro para los que no tienen otra patria que el Cielo, y que es difícil les deis una prision mas estrecha que la que han elegido, saliendo de su Palacio? Si pensais hacerlos morir de hambre ¿no veis que toda su vida es un ayuno continuo, y que familiarizandose por este medio con la muerte, han experimentado ya sus mas terribles esfuerzos, como dice Tertuliano? *Jejunans Martyr de proximo mortem novit* (a). En fin, si creéis espantarlos con los tormentos que preceden à la muerte, ¿no veis que no hay especie de suplicios que su ingeniosa penitencia no haya inventado; que su valor ha prevenido vuestra crueldad, y que sin necesidad de verdugos, se han adquirido ya la qualidad de Martyres? ¡Ah!

¿Qué diferente es, Señores, vuestra vida de la de vuestros Patronos! ¡quán difícil es de creer, en vista de la contrariedad de vuestras acciones, que vosotros sois instruidos en la misma escuela! criados en una misma Iglesia, ilustrados con una misma luz, y persuadidos de una misma verdad! ¿Es posible, Señores, que creais vosotros al Evangelio, que obligó à estos Santos à desprenderse de sus riquezas, à retirarse à la soledad, y à vivir mortificados y penitentes; y que no obstante esta creencia, nadeis en delicias; busqueis diversiones y concursos, tengais en vuestras casas una multitud de sirvientes, y que olvidados de vuestra salvacion, empleeis todos vuestros cuidados en el establecimiento de una fortuna

(a) Tertull. de jejuniis.

transitoria? ¡Ah! Pues si vosotros no los imitais en su vida, menos los imitareis en su muerte, con la que adquirieron un nuevo derecho à la qualidad de Martyres, como ahora vereis.

PUNTO TERCERO.

Aunque la muerte es castigo de nuestra culpa, tiene sus usos y sus empleos en la Religion Christiana; y si aparece en ella, por una parte el rigor del Juez que nos impuso esta pena, debemos admirar, por otra, la misericordia, con que convirtió en remedio este suplicio. Si examinamos bien la naturaleza de la muerte, dice San Ambrosio, hallaremos, que mas es castigo del pecado que del pecador; porque sacando la resurreccion à éste del sepulcro, solamente aquel es el que quedà envuelto en las tinieblas de la muerte: *Si bene discutias, non mors naturæ est, sed malitiæ. Manet enim natura, malitia moritur: Idem enim erimus qui fuimus* (a). Hallanse, à la verdad, infinitos hombres, que han conseguido ser ilustres por esta misma pena, ò que han enoblecido y consagrado su vida por el valor, y la constancia con que han sufrido la muerte: *Multi vitam solo mortis stimulo consecrarunt* (b). De modo, que la muerte, al parecer, se ha redimido à sí misma; nos ha conseguido la inmortalidad; y bien conducida por el Hijo de Dios, ha venido à ser la causa de la salvacion de los hombres: *Ipsa mors immortalitatem consequuta est; ipsa mors se redemit que est causa salutis publicæ* (c).

Pero

(a) Ambr. lib. de fide Resurrec. (b) Id. ibidem. (c) Id. ibid.

Pero los que mejor han usado de ella en la Iglesia fueron los Martyres; porque haciendola servir à varios fines, la han empleado, ya para manifestar su obediencia, sometiendo à ella gustosísimos, ya su fortaleza en sufrirla, y ya su amor en desealarla. Tan presto hacían de ella un sacrificio, para adorar à Dios; tan presto un transito, para salir de la tierra y entrar en el Cielo; tan presto un remedio contra todos sus trabajos; tan presto una expiacion de todos sus pecados; tan presto, en fin, un santo sacrificio, para hacerse semejantes à Jesu-Christo, y satisfacer la deuda en que estaban à su Magestad por haber muerto por ellos en la Cruz. Pero el uso mas perfecto que de ella podían hacer, era el de emplearla para rubricar la confesion de su fé, y merecer el glorioso timbre de Martyres; pues solamente ella es quien les alcanza este honor. Y así, aunque le buscan toda su vida; aunque se acercan à él por medio de las prisiones, y se hacen dignos de él por los tormentos, no lo consiguen, dice San Cipriano, sino por la muerte: *Cum accedit ad vincula & carcerem, moriendi terminus consummata Martyris gloria est* (a).

Por la muerte, pues, consiguieron nuestros dos generosos hermanos la qualidad de Martyres; porque despues de haber honrado muchas carceles con su presencia; y despues de haber santificado con su contacto las cadenas de que fueron cargados, y despues de haber confesado la verdad en las mas terribles torturas, la rubricaron con su sangre, y la pusieron el sello con su generosa muerte. Gervasio murió en medio de una lluvia de azotes, que deshicie-

Por

ron

(a) Ciprian. lib. 3. Episc. 6.

ron su cuerpo, descubrieron sus entrañas, rompieron sus nervios, y sacaron arroyos de sangre de sus venas. Protasio fue quebrantado à palos; pero viendo los verdugos, que aun no moría con tan inhumano tormento, le cortaron la cabeza, y acabando sus vidas, completaron dichosamente su martyrio. ¿Qué os parece, Señores, de esta accion heroica? ¿qué os parece de un sacrificio, en que nuestros Martyres fueron los Sacerdotes y las víctimas? ¿qué os parece de una ofrenda, en que no reservando cosa alguna de quantas poseían, dieron sus bienes, consagraron su libertad, abandonaron su honor, y sacrificaron su vida? ¿No consiguieron con todo rigor de justicia el illustre titulo de Martyres, respecto de que le merecieron con su muerte, y que muriendo como habían vivido, fueron en todo y por todo acreedores à la gloria mas elevada, que puede coronar la cabeza de un hombre fiel? Si por cierto.

La Iglesia no reconoce cosa mas illustre que el martyrio. Y así, aunque venera altamente à los Profetas, à los Apostoles, y à los Evangelistas, reserva el cumulo de sus respetos para los Martyres de Jesu-Christo. Y con justissima razón; porque estos fueron los que con su misma muerte defendieron la Religión; los que afianzaron la fé; los que aumentaron la piedad; y los que fortificaron, y propagaron la Iglesia del Señor, como dice San Ambrosio: *Morte Martyrum Religio defensa est, cumulata fides, Ecclesia roborata* (a). Entre estos, pues, contribuyeron mucho nuestros dos hermanos al lustre y establecimiento de la Iglesia de Jesu-Christo; porque sobre ha-

(a) Ambr. lib. de fide Resurréc.

haber sufrido con inaudita fortaleza los mas inhumanos tormentos, sucedió su combate y su triunfo en una Ciudad celebrada y populosa, y en donde todos sus moradores fueron testigos de su valor; por cuyo motivo convirtieron muchos infieles, obraron muchos milagros, y vengaron ò desagraviaron al Hijo de Dios de las blasfemias que sus enemigos habian vomitado contra su nombre. Habeis visto, pues, el combate de nuestros Santos, veamos ahora su triunfo, y confesaremos que fue muy debido à los que por defensa de la Religion habian perdido sus vidas.

QUARTO PUNTO.

Aunque la tierra no es el lugar de la gloria y del honor, y por consiguiente, aunque los Santos no reciben regularmente en el mundo las honras que se deben à sus meritos; sin embargo, no dexa Jesu-Christo de hacerlos honrar algunas veces, ò bien mientras viven, ò bien despues de su muerte. Apenas se hallará Santo, por mas extremada que fuese su humildad, à quien Dios no haya descubierto por medio de algun prodigio: pues por mas ingeniosa que sea la virtud para ocultarse à los ojos de los hombres, es Dios mas justo y mas poderoso para revelarla. Tan presto se sirve de los mismos demonios para publicar sus virtudes; tan presto desata la lengua de los mudos para hacer su Panegyrico; tan presto trastorna las leyes de la naturaleza para hacer brillar su merito; tan presto, en fin, les dispone obsequios magnificos que descubren su santidad, moviendo eficazisimamente à los feles à edificarles sobervios mauseolos, y magnificos sepuleros. Sobre lo que se debe notar, que hay ciertos honores en el mun-

mundo mezclados de confusion; porque publicando, por una parte, las virtudes de los hombres, manifiestan, por otra, su debilidad y su miseria. De este numero son los sepuleros, de quienes puede decirse, que son para nosotros honorables y vergonzosos. Vergonzosos; porque suponen nuestra muerte y nuestro pecado, siendo como una nueva comprobacion de aquella primera culpa, en que incurrieron todos los hijos de Adán. Vergonzosos; porque dán à entender nuestra pobreza; y que de tantos bienes como algunos han poseído, no les resta mas que una mortaja con que cubrirse: *Nescit natura divites, quæ omnes pauperes generat; nudos recipit terra quos edidit* (a). Vergonzosos, en fin, porque en su triste seno es donde la muerte finaliza todos sus ultrages, reduciendo en polvo toda nuestra soberbia: *Et in pulverem mortis deduxisti me* (b). Son honorosos, porque son un testimonio de nuestra virtud; porque en ellos se colocan nuestros blasones; porque describen la gloria de nuestro nacimiento, y porque suele gravarse sobre ellos un compendio de nuestra vida. Y de aqui procede el esmero ò solicitud de algunos Reyes, en procurarse este honor postumo, haciendo elevar sobervios mauseolos, que sirvan, como dice la Escritura, de casas eternas à sus cenizas: *Et sepulchra eorum domus illorum in æternum* (c). David no despreció esta gloria, porque haciendo disposicion de su estado, la hizo tambien de su cuerpo y de su sepulcro. Los Patriarcas, que por obedecer à Dios, habian dexado tan generosamente su país por toda su vida, manifestaron en su muerte algun amor y cui-

Tom. II.

(a) Ambr. lib. de Naboth. cap. 1. (b) Psalm. 21. v. 16.
(c) Psalm. 48. v. 12.

dado por lo respectivo à su sepulcro. El Eterno Padre, que habia; al parecer, abandonado à su Hijo, estando en la Cruz, le dispuso la sepultura despues de muerto, cuya gloria habia profetizado Isaías: *Et sepulchrum ejus erit gloriosum* (a).

Pues ahora, el de nuestros Martyres fue, sin duda, magnifico y glorioso; pues solamente los obsequios que recibió de San Ambrosio algunos años despues de su muerte, pueden disputar la gloria à los trofeos mas soberbios de los Conquistadores. De hecho, su pompa fúnebre tuvo ayre de triunfo, porque sucedieron cosas que ensalzaron prodigiosamente la memoria de nuestros Santos. Los mismos Angeles se interesaban en honrarle; descubriendo el sitio donde descansaban sus reliquias, y advirtiéndole à San Ambrosio les preparase otro lugar mas honroso. Este Santo Arzobispo practicó la exhumacion con mucha devocion y esmero, conduciéndolos con extraordinaria pompa, y alabanzas de los fieles à su Iglesia, donde pronuncio en elogio suyo un excelente Panegyrico. Los propios Santos contribuyeron à su gloria, porque hicieron milagros en prueba de su santidad; y como en día que era de triunfo para ellos, favorecieron largamente à todos los que con fé imploraron su socorro. Pero San Ambrosio coronó toda esta pompa, quando despues de haber conducido à estos sagrados cuerpos por todas las calles de Milán, y haberlos hecho pasar por todos los templos de ella; como por baxo de otros tantos arcos triunfales, los colocó finalmente baxo de un altar magnifico, donde él habia escogido sepultura para sí mismo, y los trató como victimas de Dios y Martyres de Jesu-Christo.

Per-

(a) Isaías 11. v. 10.

Permitid que refiera sus palabras, y que le sirva en esta ocasion de interprete. Yo habia, dice San Ambrosio, elegido para mi sepulcro este lugar: *Hunc ego locum predestinaveram mihi*. Y dando la causa de esta eleccion, añade: porque es muy justo; que el Sacerdote repose despues de su muerte, en aquel lugar; donde estaba acostumbrado à ofrecer sacrificios quando vivo: *Dignum est enim ut ibi requiescat Sacerdos, ubi offerre consuevit*. Aprended pues de aqui, Sacerdotes, que el mas noble de vuestros empleos es el sacrificio. Aprended, Christianos, que la Religion subsiste por el trato que tienen con Dios los Sacerdotes. Aprended, Hereges, que el Sacrificio del Altar no es alguna disposicion humana; sino enteramente celestial y divina; y que San Ambrosio, Maestro del Grande Agustinio, no queria tener otra sepultura que el lugar mismo donde se ofrecian las victimas al Señor: *Ibi requiescat Sacerdos, ubi offerre consuevit* (a). Mas despues de haber admirado su devocion, admiremos su humildad en el respeto con que trató las Reliquias de los Santos: *Sed cedo, dixi, victimis dextram portionem*. Pero yo dividí con ellos mi sepultura de tal suerte, que les cedo la porcion que corresponde à la derecha, como mas honorifica.

A la verdad, no podia San Ambrosio privarlos de semejante honor sin injusticia, porque era un lugar aquel, que pertenecia à los Martyres, segun las actas y disposiciones de la Iglesia; por ser cosa muy justa que aquellas triunfadoras victimas fuesen colocadas junto à la Hostia ò victima divina Jesu-Christo Señor nuestro; aunque con esta diferencia; que aquel

(a) Ambrosio, Episc. 85. ad sorores.

aquel que fue sacrificado por la salvacion de todos los hombres, tiene su lugar sobre el Altar, y los que fueron redimidos por este sacrificio, le tuviesen debaxo: *Locus iste Martyribus debebatur.* ¿Se podian explicar, Señores, nuestros sagrados mysterios con palabras mas enérgicas? ¿Se podia escoger un lugar mas digno para nuestros Martyres, ni darnos un testimonio mas ilustre de nuestra creencia? *Succedant viclima triumphales in locum ubi Christus hostia est; sed ille super altare qui pro omnibus passus est; isti sub altari qui illius redempti sunt passione.* Pues ahora bien, Señores; ¿no quedais persuadidos de que todos los triunfos de los conquistadores no han tenido el esplendor que tuvo la pompa funeral de nuestros Martyres? ¿No es evidente, que aunque ellos mismos desde el Cielo hubieran podido elegir para sus Reliquias el lugar de su descanso, no hubieran escogido otro mas santo, mas ilustre y honorífico que el que les destinó San Ambrosio? ¿No confesais asimismo, que era una cosa la mas justa, que reposasen sus cuerpos baxo de aquel Altar, donde Jesu Christo se sacrifica todos los dias por nuestro bien, respecto de que sus almas reynaban en la gloria con la del mismo Señor? Y finalmente, ¿no confesais, que cumpliendo con mi promesa, os he hecho ver, que vuestros ilustres Patronos fueron Martyres en su nacimiento, en su vida, en su muerte, y en su sepulcro?

Pues mirad: estos grandes Santos esperan toda-
via, Señores, un honor, que depende de vosotros. Y me atrevo à decir, que despues de todos los milagros que ha obrado Dios para publicar sus meritos; despues de todos los cuidados que empleó San Ambrosio para colocarlos digna y honoríficamente; despues de tantos cultos como han recibido de los hom-
bres

bres en aquélla magnífica Iglesia; y despues de las debiles alabanzas que yo he intentado darles en este Panegyrico; les faltaria alguna cosa para el complemento accidental de su gloria, si vosotros no os dedicaseis à imitar sus virtudes. Sí. Estos son, Señores, los justos agradecimientos que esperan de vuestra piedad. Estos los mas agradables honores, que podeis consagrar à su feliz memoria. No es necesario, pues, tomarse el trabajo de visitar sus sepulcros, de venerar sus Reliquias, ni de publicar sus virtudes; basta para honrarles como ellos desean, el imitarlos: *Satis coluit Sanctos qui imitatus est.* Ellos vivieron, y murieron con la perfeccion que habeis oído, para animaros con su exemplo. Si no consiguen el convenceros, conseguirán el condenaros; y estas acciones que admirais, y no imitais, serán en algun dia uno de los motivos de vuestra perdicion eterna. No tenían otro deseo que el de instruirlos, quando despreciaban la vida, quando sufrían con fortaleza los tormentos, y quando triunfaban de la muerte. Querian, digo, enseñaros, que la flaqueza humana, asistida de la gracia divina, puede vencer igualmente los dolores y los placeres; y por consiguiente, que si os dexais seducir de estos, y acobardaros de aquéllos, no debeis echar la culpa sino à vuestra inaccion y laxitud.

En suma, estos grandes hombres, à quienes aplaudimos, no sufrían únicamente por sí, ni para sí, sino por vosotros; pues si buscaban su recompensa, tambien buscaban nuestra instruccion en el martyrio: *Martyr non sibi tantum patitur, dice San Ambrosio, sed civibus; sibi patitur ad præmium; civibus autem ad exemplum* (a). ¿Y qué es lo

que

(a) Ambr. Serm. 77.

que os enseñan sus acciones? Oídse lo decir à San Ambrosio, para que ya que os ha declarado las virtudes de vuestros Patronos, os enseñe juntamente el modo de imitarlos. Os enseñan, dice este eloquente Arzobispo, à creer en las promesas de Jesu-Christo, que recompensa à los que le sirven. Os enseñan à no temer la muerte, respecto de que pasa con tanta velocidad. Os enseñan à sufrir con paciencia, y perdonar con generosidad las injurias que os hicieron vuestros proximos, respecto de que esta accion heroica nos alcanza una eterna felicidad. Os enseñan à despreciar los trabajos, respecto de que nos alcanzan la vida eterna: *Exemplo eorum didicimus Christo credere, didicimus contumelias vitam æternam querere, mortem didicimus non timere* (a). Mas para recopilar todo el discurso, digamos, que vuestros ilustres Patronos os enseñan que vuestro nacimiento, que es el Bautismo, os obliga como à ellos al martyrio; que vuestra vida, si es regulada por el Evangelio, debe ser, como lo fue la suya, un martyrio continuado; que vuestra muerte, sufrida con amor y conformidad, podrá ser, como lo fue en ellos, un martyrio verdadero; y finalmente, que vuestro sepulcro, si está esento de la vanidad y del orgullo, será, como el suyo, el triunfo de un Martyr; porque si fuereis sepultados en los Cementerios ò en las Iglesias, no distareis mucho de aquellos Altares, donde se ofrece diariamente à Dios el mayor de los sacrificios; y Jesu-Christo, despues de haber expiado vuestras culpas sobre la tierra, os concederá la gracia de reynar con él por los siglos de los siglos en el Cielo. Asi se ca...

(a) Idem ibid.

SERMON

DE SAN JUAN BAPTISTA.

Non surrexit major inter natos mulierum

Joanne Baptista. Matth. cap. 11. v. 11.

Siempre que el Predicador sube à la Catedra del Espiritu Santo para hacer el Panegyrico de los Bienaventurados, se halla acometido de dos temores enteramente contrarios. El uno es, el temor de no decir bastante; de ser agoviado baxo de la grandeza de su Heroe, y de no encontrar palabras ni pensamientos con que explicar sus virtudes y excelencias. El otro es, el temor de decir demasiado, esto es, de ensalzar à un Santo con menoscabo de los demás; y por consiguiente, de cometer una injusticia, quando intenta practicar una accion de piedad. Mas como yo hago en este dia el elogio del Bautista, me hallo libre de semejantes temores. Porque como Jesu-Christo hizo el Panegyrico de este su Precursor, al qual ningun Orador puede añadir cosa alguna, suple su Magestad mi impotencia, y me libra del temor de no decir lo suficiente. Librame juntamente del segundo, esto es, de decir demasiado; porque diciendonos el Hijo de Dios, que San Juan Bautista fue el mayor entre todos los hijos de los hombres, nos insinua que es el mayor entre los Santos; y por consiguiente, que jamás las alabanzas ex-